

rival en el imperio, á quien habia hecho obispo (58). Nepos no merecia el trabajo de que le dieran una puñalada, y sin embargo le asesinaron (59). Habíanse presentado en Italia los Ostrogodos durante la aparición de Glicerio.

Los demás bárbaros que mas bien oprimian que defendian á este desgraciado país, tenian entonces por jefe á Orestes, aquel secretario de Atila de quien he hablado anteriormente. Muerto el rey de los Hunos pasó al servicio de los emperadores de Occidente, que le nombraron patricio y general en jefe de los ejércitos: habia tenido un hijo de madre desconocida, ó quizás de la hija de aquel mismo conde Rómulo á quien Valentiniano envió de embajador á Atila: llamábase este hijo Rómulo-Augusto, por sobrenombre Augustulo: ¡humillaos y reconoced la nada de los imperios!

Orestes rehusó la púrpura que le ofrecian sus soldados, y dejó se la vistieran á su hijo (60). Los Esciros, los Alanos, los Rugianos, los Heruleos y los Turcilingos, que eran los formidables defensores de los miserables Romanos, estimulados por el ejemplo de sus compatriotas que residian en Africa, en las Españas y en las Galias, intimaron á Orestes que les entregase el tercio de las propiedades de Italia. Orestes creyó poder resistirlos. Odoacro (hijo quizás de Edeon, antiguo compañero de Orestes en su mision á Constantinopla), se hallaba investido, despues de diversas aventuras, con una gran dignidad en las guardias de Italia; púsose á la cabeza de los sediciosos, sitió á Orestes en Pavia, tomó la plaza, le apriisionó y le quitó la vida (61). En 23 de agosto del año 476 proclamaron rey de Italia á Odoacro, arriano de religion: el imperio romano habia durado quinientos y siete años, menos algunos dias, desde la batalla de Accio; contábase mil doscientos veinte y nueve años desde la fundacion de Roma.

Cuando Augustulo, último sucesor de Augusto, perdió las insignias del poder, Simplicio, cuadragesimo séptimo pontífice contando desde San Pedro, ocupaba la cátedra del apóstol; cuyo imperio habia principiado en el reinado del heredero inmediato de Augusto: los sucesores de Simplicio reinan todavía, hace ya mil trescientos cincuenta y cuatro años, en los palacios de los Césares.

Odoacro estableció su córte en Rávena. El Senado romano renunció el derecho de elegir señor: satisfecho de entregarse esclavo á discrecion, declaró que el Capitolio abdicaba el dominio del mundo, y envió con una embajada solemne las águilas imperiales á Zenon, que gobernaba el Oriente. Zenon (62) recibió en Constantinopla á los embajadores con rostro severo: echó en cara al Senado el asesinato de Authemio y el destierro de Nepos. «Nepos vive todavía, dijo á los embajadores; hasta su muerte será vuestro verdadero señor.» Este título de tirano honorario estendido por Zenon á favor de Nepos, es el último de la legitimidad de los Césares.

Habiendo encontrado Odoacro en Ravena á Augustulo, le despojó de la púrpura (63). Nada dice la historia de él sino que era hermoso (64). El primer rey de Italia concedió al último emperador de Roma una pension de seis mil monedas de oro; mandóle trasladar á la antigua villa de Lúculo (65), situada en el promontorio de Miseno, y convertida en fortaleza desde las guerras de los Vándalos; habia pertenecido primero á Mario y Lúculo la compró (66).

De este modo señalaba la Providencia por prision al hijo del secretario de Atila, á un príncipe de raza goda, revestido de la púrpura romana por los últimos bárbaros que destruian el imperio de Occidente; señalaba la Providencia, digo, por prision á este príncipe, un edificio que encerró los despojos de los Cimbras, primeros bárbaros del Septentrion que amenazaron el Capitolio. Aquí pasó Augustulo su juven-

tud y su vida desconocidas, sin cuidarse de los sucesos que iban unidos á su nombre, indiferente á las lecciones que le daban sus vicisitudes, ajeno á los recuerdos que despertaban los lugares de su destierro.

Añadamos ahora, atentos como estamos á la inmutabilidad de los decretos eternos, y á la insolidez de las cosas humanas, que las reliquias de San Severino sucedieron á la persona de Augustulo en el palacio que Mario decoró con sus proscripciones y sus trofeos, y Lúculo con sus fiestas y sus banquetes: convirtióse en Iglesia (67). Siendo aun Odoacro un soldado oscuro, visitó á San Severino en la Norica. El solitario, al ver á este bárbaro de elevada estatura, que se encorvaba para pasar por la puerta de la celda, le dijo: «Marcha á Italia; ahora estás cubierto con humildes pieles de animales, tiempo vendrá en que distribuirás dádivas (68).»

Finalmente, el Dios que con una mano humillaba al imperio romano, levantaba con la otra el imperio francés. Augustulo deponia la diadema en el año 476 de Jesucristo, y en el de 481, Clodoveo, coronado con su larga cabellera, reinaba sobre sus compañeros.

ESTUDIO QUINTO.

PRIMERA PARTE.

COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS.—SIGLO HERÓICO.

DETENGÁMONOS á contemplar las vastas ruinas que acabamos de recorrer. Poco sirve conocer las fechas de sus hundimientos, ni saber los nombres de los que se ocuparon en esta destruccion: es preciso además profundizar, interiorizarse en el estudio de las costumbres, de la vida de los tres pueblos, cristiano, pagano y bárbaro, que se confundieron para dar nacimiento á la sociedad moderna. Puesto que el imperio de Occidente, está ya destruido, esta nueva sociedad es la que va á aparecer; veamos lo que fue el mundo antiguo en los cuatro siglos que precedieron á su muerte, y en qué se convirtió cuando hubo espirado. Principiemos por los cristianos.

El Cristianismo nació en Jerusalem, en una tumba que yo he visitado en la falda del monte Sion: Su historia está enlazada con la religion de los Hebreos.

Mientras estuvo en pie el primer templo, todo fue gobernado con arreglo á la ley de Moisés: cuando el rey, el pueblo, ó cierta parte de este se entregaban á la idolatría, caía sobre ellos la espada.

Bajo la duracion del segundo templo, se alteró la pureza de la ley con la mezcla de dogmas exóticos, y se formó la sinagoga.

La conquista de Alejandro introdujo á su vez la filosofia griega en el sistema hebraico. Constituyéronse escuelas judáicas; estas escuelas, derramadas por la Media, la Elimaida, el Asia Menor, el Egipto, la Cirenáica, la isla de Creta, y hasta en Roma, sufrieron la influencia de las religiones, de las leyes, de las costumbres y hasta de la lengua misma de estos diversos países: los libros de los Macabeos se escandalizan de tales novedades.

«En este tiempo salieron de Israel hijos de iniquidad, que dieron á muchos este consejo: Corramos, y hagamos alianza con las naciones que nos rodean...»

«Y edificaron en Jerusalem una escuela pública, á imitacion de las naciones (1).»

«Los sacerdotes mismos no se cuidaban lo mas mínimo de los objetos venerados de su país, y tenian en la mayor estima el sobresalir en todo lo que los griegos honraban (2).»

Formáronse muy pronto cuatro sectas principales: la de los Fariseos, la de los Saduceos, la de los Samaritanos y la de los Esenios.

Los fariseos alteraban el dogma y la ley, reconociendo una especie de destino impotente, que no quitaba la libertad al hombre; dividíanse en siete gerarquías. Entregados á pensamientos extravagantes, ayunaban y se azotaban, cuidaban al caminar de no tocar los pies de Dios, que no se elevan sino cuarenta y ocho pulgadas sobre la tierra, y principalmente empleaban un gran celo en propagar su doctrina.

Lo que distingue á las sectas judáicas de las griegas, es precisamente este espíritu de propagacion. La sabiduría helénica, se reducía generalmente á la teoría; la sabiduría judáica tenia por objeto la práctica: la una formaba escuelas, y la otra sociedades. Moisés habia impreso una virtud legislativa en el carácter de los Hebreos; y el Cristianismo, que es de origen judío, retuvo y poseyó en el mas alto grado esta virtud.

Los Saduceos atendian á la letra escrita; desechaban la tradicion, y por consiguiente la ciencia cabalística: y al ver que en los libros de Moisés nada se hablaba del alma, eran materialistas y preferian Epicuro á Zenon.

Los Samaritanos no adoptaban sino el Pentateuco, y se remontaban á la religion patriarcal.

Los Esenios de la Judea (que produjeron los terapeutas de Egipto, secta mas contemplativa todavía) rechazaban la tradicion como los Saduceos, y creian en la inmortalidad del alma como los Fariseos. Huian de las ciudades; vivian en el campo, renunciaban al comercio, y se ocupaban en la labranza. No tenian esclavos, ni amontonaban riquezas: comian en comunidad, llevaban vestidos blancos, que no pertenecian como propiedad á ninguno, y que cada cual tomaba á su vez. Moraban unos en un edificio comun, otros en casas particulares; pero abiertas á todos. Abstenerse del matrimonio, y educaban á los niños que les confiaban. Respetaban á los ancianos; no mentaban, ni juraban nunca. Ofrecian guardar silencio sobre los misterios: estos misterios no eran otros que la moral escrita en la ley.

Los primeros fieles tomaron de los Esenios esta sencillez de vida, mientras que los Terapeutas dieron nacimiento á la vida monástica cristiana.

Pero por otra parte, el esenismo era la única secta judáica que no espéraba al Mesías y que condenaba el sacrificio en lo cual no la siguieron los cristianos. Una opinion comun se descubria en el fondo de la sociedad israelita: el Salvador de la estirpe de David, en todos tiempos prometido, era esperado de siglo en siglo, de año en año, de dia en dia, de hora en hora; Hombre y Dios, Rey-conquistador, para los Saduceos, los Caraitas ó Escriptuarios; sabio ó doctor para los Samaritanos.

Hallábase á mas en este pueblo un hecho que no pertenecia sino á él; quiero decir, la grande escuela poética de los profetas: remontando su origen á la cuna del mundo, vagó por espacio de cuarenta años con el Arca por el desierto. No pudieron interrumpirla el cautiverio de Egipto ni el de Babilonia, la conquista de Alejandro ni la opresion de los reyes de Siria, la dominacion romana, ni la monarquía de los Herodes, que ingirieron á la fuerza é improvisaron en Judea una civilization extranjera. Esta escuela del porvenir evocando el tiempo pasado y desdenando el presente no careció de maestros ni en la prosperidad, ni en el infortunio, ni en las márgenes del Nilo, en las orillas del Jordan, ni en los rios de Babilonia, ni en las ruinas de Tiro y de Jerusalem. ¡Y qué maestros! Moisés, Josué, David, Salomon, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y Cristo en quien se realizaron todas las profecías, y que fue á su vez el último profeta.

Cuando este último apareció, desconociéronle los

Judíos, y le miraron como á un seductor. Los dos comentarios del Mishna, el Talmud babilónico y el Talmud de Jerusalem, suministran singulares noticias de Jesucristo (3).

«Cierta dia, se dice en aquellos comentarios, cuando muchos doctores estaban sentados á la puerta de la ciudad, dos mancebos pasaron por delante de ellos: el uno cubrió su cabeza, y el otro pasó con la cabeza descubierta. Eliezer al ver la desvergüenza de este Joven sospechó que seria algun hijo ilegítimo; buscó á su madre, que vendia yerbas en el mercado, y supo que no solo era hijo ilegítimo, sino que habia nacido de una mujer impura (4).

El Talmud llama á María muchas veces peñadora de mujeres.

Los Judíos compusieron dos historias de Cristo con el título de *Sepher toldos Jeschu*: libro de las generaciones de Jesús. «Joseph Pandera, de Belen, se enamoró de una peñadora joven llamada Mirjan (María), desposada con Jon Jochanan. Pandera abusó de Mirjan, que dió á luz un hijo llamado Jehosua (Jesus). Jehosua, educado por Elchanan, progresó en las letras. Los senadores á quienes Jehosua no quiso saludar en la puerta de la ciudad, mandaron pregonar al son de trescientas trompetas que su nacimiento era impuro. Huyó á Galilea, volvió á Jerusalem, se introdujo en el templo, aprendió y robó el nombre de Dios, lo escribió sobre un pedazo de piel (5), se abrió la pierna sin dolor, y ocultó su hurto en la incision. Con el inefable nombre Schemhamephoras obró una multitud de prodigios. Jehosua, condenado á muerte por el Sanhedrin, fue coronado de espinas, azotado y apedreado: querian clavarle en un madero; pero rompiéronse todos los maderos, porque los habia encantado. Los sabios fueron á buscar un gran tronco de col, (6) y clavaron en ella á Jehosua.

Esta es una de las miserables historias que los Judíos oponian á la magestad de la narracion evangélica.

La primera iglesia judáica se compuso de tres mil convertidos. Estos convertidos escuchaban las instrucciones de los apóstoles, oraban juntos, y practicaban en las casas particulares la particion del pan. Tenian comunidad de bienes, y vendian sus herencias para distribuir el valor de ella á sus hermanos. Su vida, segun he dicho antes era próximamente la de los Esenios.

Conservóse por largo tiempo su sencillez. Habiendo sabido Domiciano que algunos cristianos judíos suponian ser descendientes de la estirpe real de David, les mandó ir á Roma. Interrogados sobre sus riquezas, contestaron que poseian treinta y nueve plethros de tierra (poco mas de tres fanegas), que pagaban el impuesto, y que se sustentaban con el producto de sus campos; y enseñaron entonces sus manos encañadas por el trabajo. Preguntóles el emperador lo que era el reino de Cristo; respondieronle que no era de este mundo; y los despidió. Estos dos labradores eran dos obispos: vivian aun en el reinado de Trajano (7).

Al escribir la historia de la Iglesia se han confundido los tiempos; es muy esencial distinguir dos edades en el primer Cristianismo: la edad heróica ó de los mártires; la edad intelectual ó filosófica. Principia la una en Jesucristo y concluye en Constantino; extiéndese la otra desde este emperador hasta la fundacion de los reinados bárbaros. Voy á hablar primero de la edad heróica á retratarla tal como se pinta ella misma, y tal como la han representado los paganos.

«Entre nosotros dice un apologista, hallareis ignorantes, artesanos, y mujeres ancianas, que no podrian quizás inculcar con el raciocinio la verdad de nuestra doctrina; no pronuncian discursos, pero practican buenas obras. Amando á nuestro prójimo como á nosotros mismos, hemos aprendido á no herir á los que no hieren; á no proceder contra los que nos despojan: si nos dan una bofetada, presentamos la otra mejilla;

si nos piden nuestra túnica, ofrecemos además nuestro manto. Según la diferencia de las edades, consideramos á los unos como hijos nuestros, á los otros como hermanos y hermanas, y honramos á las personas más ancianas como á nuestros padres. La esperanza de otra vida nos hace despreciar la presente, y hasta los gozos del entendimiento. Cada uno de nosotros cuando toma una mujer no se propone sino tener hijos, é imita al labrador que aguarda la cosecha con paciencia. Hemos renunciado á vuestros espectáculos sangrientos, creyendo que no hay diferencia alguna entre presenciar el asesinato y cometerlo. Consideramos como homicidas á las mujeres que promueven su propio aborto, y opinamos que exponer á un niño es matarlo. Somos iguales en todo, obedeciendo á la razón sin pretender gobernarla» (8).

Obsérvese que esta no es una escuela, una secta, sino una sociedad, fundada en la moral universal, desconocida de los antiguos.

La necesidad y no el sensualismo, arreglaban las comidas: los hermanos se sustentaban más de pescado que de carne; tomaban alimentos crudos con preferencia á los condimentados. No hacían sino una sola comida á la puesta del sol, y si alguna vez tomaban alimento por la mañana, era un poco de pan seco. El vino, prohibido á los jóvenes, estaba permitido á las otras personas, pero en corta cantidad. La regla prohibía los muebles lujosos, la vajilla, las coronas, los perfumes y los instrumentos de música. Durante la comida entonaban cánticos piadosos: estando prohibida la risa estrepitosa, reinaba una gravedad modesta.

Concluida la comida de la tarde, daban gracias á Dios por el día que les había concedido, y después se retiraban á dormir en un duro lecho: acortaban el sueño para alargar la vida. Oraban los fieles muchas veces por las doctas y levantábanse antes del alba.

Sus vestiduras blancas, sin mezcla de colores, no debían arrastrar por tierra, y se componían de una tela ordinaria: era una máxima recibida que el hombre debe valer más que su vestido. Las mujeres llevaban calzado por el bien parecer; los hombres caminaban con los pies desnudos, excepto cuando iban á la guerra; nunca entraban el oro y las pedrerías en sus adornos; cubrir la cabeza con una peluca, darse colorete, teñirse los cabellos ó la barba, parecía indigno de un cristiano. El uso del baño no era permitido sino para recobrar la salud, ó para la limpieza del cuerpo.

Consentíase, sin embargo, algunos adornos á las mujeres, como incentivos para agradar á sus maridos. No tenían esclavas, ó tenían las menos que podían; no se servían de eunucos, enanos; monstruos, ni mantenían ninguna de las fieras que las matronas romanas alimentaban á expensas de los pobres.

Para conservar las fuerzas corporales durante la juventud, ejercitábanse los hombres en la lucha, en el juego de pelota, en la carrera, y se entregaban principalmente al trabajo de manos: los quehaceres y el servicio doméstico ocupaban á las mujeres. Los dados y los demás juegos de azar, los espectáculos del circo, del teatro y del anfiteatro estaban prohibidos como un manantial de corrupción. Dirigiábase á la iglesia con comedimiento, en silencio y con una piedad sincera. El ósculo de paz era la señal de reconocimiento entre los cristianos: evitaban no obstante saludarse en las calles, temerosos de darse á conocer á los infieles. Todas estas reglas de conducta estaban visiblemente en oposición con la sociedad romana y su práctica podía pasar por una censura de aquella sociedad.

La virginidad era reputada como el estado más perfecto, y el matrimonio se interpretaba como la intención del Criador. Los ancianos decían con este motivo: «No existen en las enfermedades y en la edad

avanzada cuidados semejantes á los que producen la esposa y los hijos. Aficionaos al alma; no consideréis el cuerpo sino como una estatua, cuya belleza hace pensar en el artificio y eleva el pensamiento á la verdadera perfección.» Reconocían que la mujer es susceptible de la misma educación que el hombre, y que podían filosofar sin letras, el griego, el bárbaro, el esclavo, el anciano, la mujer y el niño: esto era restituir la especie humana á su naturaleza.

El cristiano honraba á Dios en todas partes, porque Dios está en todos los lugares. «La vida del cristiano es una fiesta perpétua: alaba á Dios trabajando, navegando, en los diferentes estados de la sociedad.» Sin embargo, había horas consagradas principalmente á la oración, como terciá, sexta y nona. Oraban de pie, con el rostro vuelto hácia el Oriente, la cabeza y las manos alzadas al cielo. Al responder á la oración final, levantaban también simbólicamente un pie, como un viajero dispuesto á abandonar la tierra (9).

Para los discípulos del Salvador, Dios carecía de figura y de nombre: cuando le llamaban Uno, Bueno, Espíritu, Padre, Criador, era por pobreza de la lengua humana. El alma sola, que es cristiana de origen, halla instintivamente el verdadero nombre de Dios, cuando se entrega á su libre testimonio: todas las veces que despierta de su letargo, se expresa de este modo en su interior: *Lo que á Dios plazca. Dios me ve. Lo recomiendo á Dios, Dios me lo restituirá.* Y el hombre cuya alma habla así, no fija sus ojos en el Capitolio, sino en el cielo (10).

El pastor tenía la sencillez del rebaño; el obispo, el diácono y el sacerdote, cuyos nombres significaban presidente, siervo y anciano, no se distinguían del resto de la multitud por su traje. Mediadores en el altar, árbitros en los hogares, recomendábaseles que fueran tiernos, compasivos, no demasiado crédulos del mal, ni demasiado severos, porque todos somos pecadores (11). Si eran casados, no debían tener sino una sola mujer; debían gozar reputación de buenas costumbres, de padres de familia ejemplares, y disfrutar una nombradía sin mancha, aun entre los paganos. «Durante las pruebas, decía San Ignacio permanezcan firmes como el yunque á los golpes del martillo (12).» Este mismo santo escribía á la Iglesia de Roma en su esclavitud: «No seré verdadero discípulo de Jesucristo, sino cuando el mundo no vea ya mi cuerpo. Rogad para que quede convertido en víctima. No os lo ordeno como Pedro y Pablo: estos eran apóstoles, y yo nada soy: aquellos estaban libres, y yo esclavo (13).»

Sacábanse los obispos de todas las condiciones de la vida: algunos eran labradores, pastores ó carboneros. Las diócesis, especie de repúblicas federativas, elegían sus presidentes según sus necesidades; eloquentes é instruidos para las grandes ciudades, simples y rústicos para los campos, y aun helicosos cuando era preciso para defender la comunidad. Huían los electos de estos honores como de unas cargas pesadas; y el pueblo cristiano corría á las cavernas, al fondo de las selvas y á las soledades de los montes á buscar y á elevar á estos príncipes de la fe. Ocultábanse, declarábanse indignos, derramaban abundantes lágrimas, y aun algunos espiraban de terror.

Geres, pequeña ciudad de Egipto, distante cincuenta estadios de Pelusa, había elegido obispo á un solitario llamado Nilammon: vivía en una celdilla, cuya entrada había tabicado, y se obstinaba en rehúsar el obispado. Teófilo, obispo de Alejandría, procuró persuadirle. «Mañana, padre mío, dijo el ermitaño, hareis lo que os plazca.» Teófilo volvió al día siguiente, y dijo á Nilammon que abriese. «Oremos antes,» respondió el solitario desde el fondo de la roca. Pasaron el día en oración, y por la tarde llamaron á Nilammon en alta voz; pero observando que no respondía, quitaron las piedras que cerraban la entrada

de la ermita, y hallaron al solitario muerto al pie de un crucifijo (14).

Las primeras iglesias eran lugares ocultos, selvas, catacumbas, cementerios; y una piedra, ó la tumba de un mártir servían de altares: por ornamentos veíanse flores, algunos vasos de madera, algunos cirios y alguna lámparas, á cuya luz leía el sacerdote el Evangelio en la oscuridad de los subterráneos; tenían asimismo cajas con secretos para ocultar en ellas pan que el viajero llevaba á los fieles á las minas, á los calabozos y al medio de los leones del anfiteatro. Tales eran los cristianos de la edad heroica.

Los paganos los consideraban de otro modo. Según ellos, estos sectarios groseros, ignorantes, fanáticos, populacho medio desnudo, complacíanse en verse rodeados de algunos jóvenes estúpidos, y de ancianas dementes, para referirles puerilidades (15). Suponían los paganos que los galileos no querían dar ni discutir las razones de su religión acostumbrando á decir: «No os canséis en preguntas inútiles (16); la sabiduría de esta vida es un mal, y la locura un bien.» «Vuestra herencia, escribía Juliano (17) apostrofando á los discípulos del Evangelio, es la grosería. Toda vuestra sabiduría consiste en repetir estúpidamente: Creo.» Los latinos llamaban á la religión de Cristo *insania* (18), *amentia* (19), *dementia* (20), *stultitia*, *furiosa opinio* (21), *furoris insipientia* (22). A los fieles mismos daban el sobrenombre de *medio muertos*, á causa de sus largos ayunos y de sus vigiliás (23).

Luciano ó por mejor decir, un autor desconocido anterior á Luciano, pintó en el diálogo satírico *Philopatris* una reunión de los primeros cristianos.

CRICIAS.—«Fui á una de las calles de la ciudad, y percibí una gran porción de gente que cuchicheaba, y que para oír mejor acercaba el oído á la boca del que hablaba. Miré á estos hombres por si podía descubrir algún conocido, y distinguí al político Craton, amigo mío desde la infancia.»

TRICPHON.—«No sé quién quieres decir: ¿es aquel que está empleado en la repartición de los tributos? ¿Qué sucedió?»

CRICIAS.—«Me acarqué á él después de haber atravesado la multitud; y habiéndole saludado, oí á un anciano de corta estatura, y muy estropeado, llamado Cariceno, que principió á decir con voz aguda y nasal, después de haber tosido y escupido: *Aquel de quien acabo de hablar, pagará lo restante de los tributos, satisfará todas las deudas, tanto públicas como particulares, y recibirá á todo el mundo sin informarse de su profesion.* Cariceno añadió otras muchas puerilidades, igualmente aplaudidas por los que estaban presentes, y á quienes la novedad de los objetos hacia estar atentos. Otro hermano llamado Clevocharno, sin sombrero ni zapatos, y cubierto con un manto lleno de girones hablaba entre dientes: enseñómelo un hombre mal vestido que venía de la montaña, y que tenía la cabeza rasa....»

«Entonces uno de los concurrentes, de mirada feroz, me tiró del manto, creyendo que era de los suyos, y quiso persuadirme en mala hora que asistiese á una sesión de aquellos magos....»

«Habíamos pasado ya el umbral de bronce y las puertas de hierro, como dijo el poeta, cuando, después de habernos encaramado á un aposento alto, por una escalera de caracol, hallámonos, no en el salón de Menelao, brillante con el oro y el marfil, (así es que tampoco vimos á Helena), sino en una asquerosa guardilla: ví unos hombres pálidos desfallecidos y encorvados contra el suelo. Apenas me hubieron visto cercáronme gozosos, preguntándome si les traía malas nuevas; parecían desear acontecimientos desgraciados, y semejantes á las furias, regocijábanse con el infortunio.

«Después de haberse hablado al oído, preguntáronme quién era yo, cuál mi patria, quiénes mis padres....»

«Estos hombres, que caminan por el aire, hicieron-

me muchas preguntas sobre la ciudad y el mundo. Díjeles: El pueblo entero vive en el gozo, y así vivirá en lo futuro. Ellos, frunciendo las cejas me respondieron que no sucedería así, y que se estaba formando un mal que pronto estallaría....»

«En seguida como si hubiese triunfado su causa, principieron á referir las cosas que les agradaban: dijeron que los negocios iban á tomar otro rumbo; que las divisiones turbarían la tranquilidad de Roma; que nuestros ejércitos serían derrotados. No pudiendo contenerme ya, é inflamado de cólera, exclamé: ¡Miserables! ¡Caigan sobre vuestras cabezas los males que anunciáis, puesto que amáis tan poco vuestra patria.»

TRICPHON.—«¿Y qué replicaron esos hombres de cabeza tan rasa como el entendimiento?»

CRICIAS.—«Escucharon mis palabras con la mayor mansedumbre, y recurrieron á sus escapatorias ordinarias: dijeron que todas estas cosas las veían en sueños, después de haber ayunado diez días, y pasado las noches cantando sus himnos.... Entonces con una falsa sonrisa, se inclinaron fuera de los lechos miserables en que reposaban (24).»

Esta reunión, descrita por un enemigo, difiere singularmente del concilio de Nicea. Los cristianos eran tan despreciados en la época en que se escribió esta sátira, que se les consideraba inferiores á los Judíos. Sin embargo, aquellos hombres escondidos en las guardillas; aquellos miserables arrastrados al suplicio tan pronto como eran reconocidos; aquellos culpables, no de crimen sino de nacimiento, aquellas criaturas degradadas en quienes no se concedía siquiera el derecho de los siervos más viles; aquellos esclavos, puestos fuera de la ley, eran los que debían restituir al género humano sus leyes y su libertad.

El embarazo de los cristianos ante sus padres paganos, ofrece una semejanza singular con lo que ocurre en nuestros días entre las generaciones antiguas y las nuevas: las primeras no entienden ni entenderán nunca lo que es claro y exacto para las segundas (25). El Cristianismo, verdadera libertad bajo todas las relaciones, parecía, á los ojos de los antiguos idólatras acostumbrados al despotismo político y religioso, una novedad detestable; denunciaban este progreso de la especie humana como una subversión de todos los principios sociales. «En las casas particulares se ven, dice Celso, hombres groseros, é ignorantes, tejedores de lana, que callan delante de los ancianos y de los padres de familia; pero si encuentran en un lugar apartado algunos niños, algunas mujeres, enseñábles su doctrina: dicenles que no deben prestar oídos á sus padres ni á sus maestros; que estos son unos dementes, incapaces de conocer y de paladear la verdad. Excitan así á los jóvenes á sacudir el yugo; los incitan á entrar en un gineceo, ó en un batán, ó en la tienda de un zapatero para aprender lo que es perfecto (26).»

Las virtudes, consecuencia necesaria del primer Cristianismo, hacían odiar á los que las practicaban, porque eran una reconvencción para los vicios opuestos. Un marido espulsaba á su mujer que era prudente desde que se había convertido al Cristianismo; un padre desheredaba á un hijo, en otro tiempo pródigo y liberal, transformado por el cambio de religión en hijo sumiso y obediente (27). Las acusaciones dirigidas contra los cristianos eran la historia misma de su inocencia. «Pongo por testigos á vuestros registros, decía Tertuliano: ¡oh vosotros! que juzgáis á los criminales, ¿hay uno solo que sea cristiano? La inocencia es para nosotros una necesidad, habiéndola aprendido de Dios, que es un maestro perfecto. Nos echan en cara que somos inútiles á la vida; y sin embargo vamos á vuestros mercados, á vuestras ferias, á vuestros baños, á vuestras tiendas, á vuestras hosterías. Comerciamos, militamos, y ejerce-

mos la labranza (28). Es verdad que los traficantes de mujeres perdidas, los asesinos, los envenenadores, los magos, los arúspices, los adivinos, ni los astrólogos, no sacan lucro ninguno con nosotros (29).»

Acusaban á los cristianos de ser una facción, y ellos respondían: «La facción de los cristianos consiste en estar reunidos en una misma religión, en una misma moral, en una misma esperanza. Formamos una conjuración para rogar á Dios en comunidad, y leer las divinas Escrituras. Si alguno de nosotros peca, se le priva de la comunión, de las oraciones, y de nuestras reuniones, hasta que ha hecho penitencia. Presiden estas asambleas ancianos cuya sabiduría ha merecido semejante distinción. Cada uno lleva algún dinero todos los meses, si quiere ó si puede. Este tesoro sirve para alimentar y para enterrar á los pobres, para sostener á los huérfanos, á los naufragos, á los desterrados, á los condenados á las minas ó á la cárcel por la causa de Dios. Nos damos mutuamente el nombre de hermanos: estamos dispuestos á morir los unos por los otros. Todo es comun entre nosotros, menos las mujeres. Nuestra cena comun se esplica con el nombre de Agape, que significa caridad (30).»

La congregación apostólica abrazaba entonces el mundo civilizado, como una inmensa sociedad secreta que avanzaba hácia su objeto, á pesar de las proscripciones y de la necia enemistad del mundo. Desde la edad heroica del Cristianismo se presenten las mudanzas radicales que esta religión iba á causar en las leyes: era la filosofía puesta en práctica. Mientras llegaba la abolición de la esclavitud por medio de transformaciones graduales, principió la emancipación del sexo femenino.

Las mujeres aparecieron solas al pie de la cruz; Jesucristo, perdonó durante su vida las debilidades de estas, y no desdeñó su homenaje: emancipólas en la persona de María su divina Madre.

Las mujeres seguían á los apóstoles para servirles, como Magdalena y las otras Marías habían seguido á Jesucristo (31). San Pablo saludó en Roma á las mujeres de la familia de Narciso.

Esas mujeres tuvieron una relación inmediata con la Iglesia, en virtud de la institución de las diaconisas. La diaconisa debía ser casta, sóbria y fiel. Las viudas elegidas para esta función, no podían tener menos de sesenta años de edad; debían haber caído á sus hijos, ejercido la hospitalidad, lavado los pies de los viajeros y consolado á los afligidos (32).

Las instrucciones de los apóstoles y de los primeros padres, demuestran cuán importantes eran las mujeres en el nacimiento mismo de la sociedad cristiana. Tertuliano escribió dos libros sobre sus adornos y el uso de su belleza. «Desechad el afeite, los cabellos postizos y los demás adornos: no concurráis á los templos, á los espectáculos, ni á las fiestas de los gentiles. No salgáis de casa sin un motivo poderoso, como es el visitar á los hermanos enfermos, asistir al santo sacrificio, escuchar la palabra de Dios (33). Desechad las delicias, para que no os agovien las persecuciones. Las manos acostumbradas á los brazaletes, no podrían soportar el peso de las cadenas; los pies adornados con cintillas, llevarían penosamente los grillos; una cabeza cargada de perlas y esmeraldas no dejaría sitio para la cuchilla (34).»

Las vírgenes no debían presentarse en la Iglesia sino cubiertas hasta la cintura con velos: concedíaseles como á las viudas una pensión. En el tratado *ad uxorem* se ve pintada la mujer diferente en un todo de la mujer de la antigüedad, y tal como es al presente. Este, al mismo tiempo, es un cuadro verdadero de lo que ocurría entonces en la comunidad general, y en la familia privada de los cristianos.

Tertuliano invita á su esposa á no casarse segunda vez si moría antes que ella, principalmente á no to-

mar por marido á un infiel. El Cristianismo, conformándose con la naturaleza y con el orden, reprobaba la poligamia de las naciones orientales, y el divorcio admitido por los Griegos y los Romanos.

«La mujer cristiana, dice Tertuliano, ¿cumplirá con su esposo pagano los deberes de la pagana? ¿tendrá para él hermosura, atavíos, aseo mundano y caricias vergonzosas? No sucede así entre los santos: todo es moderación como que Dios les está mirando (35).

«¿Cómo podrá (la esposa cristiana) servir al cielo teniendo á su lado un esclavo del demonio encargado de retraerla? Si ha de asistir á la Iglesia, le citará á los baños mas temprano que de costumbre: si ha de ayunar, dispondrá un festín para el mismo día: si debe salir, opondrále que nunca los criados han estado mas ocupados (36). ¿Llevará á bien este marido que su esposa visite de calle en calle á los hermanos en los aposentos mas humildes? ¿Consentirá que se levante de su lecho para asistir á las reuniones nocturnas? ¿Tolerará que vele en la solemnidad de Pascua? ¿La permitirá que se siente en la mesa del Señor, tan infamada entre los paganos? ¿Le agrada que se introduzca en las cárceles á besar las cadenas de los mártires, lavar los pies de los santos, y ofrecer presurosa el alimento á los confesores (37)? Si llega un hermano de otro país, ¿cómo se le hospedarán en una casa extraña? Si necesita hacer alguna limosna, hallará cerrados el granero y la bodega.

«Aunque el marido pagano consintiera en todo esto, es al fin una desgracia verse en la precisión de confiarle los usos de la vida cristiana. ¿Os ocultareis de él al hacer la señal de la cruz en vuestro pecho, en vuestro cuerpo, ó al soplar alguna cosa inmunda? ¿No creerá que es una operación mágica? ¿No sabrá lo que tomáis secretamente antes de todo alimento? Y si sabe que es pan ¿no sospechará que es tal cual le suponen (38)?

«¿Qué cantará en un festín la mujer cristiana con su marido pagano? Escuchará himnos teatrales: no hará siquiera mención de Dios (39), ni invocación á Jesucristo, ni lectura de las Escrituras, ni salutación divina.

«La Iglesia estiende el contrato del matrimonio cristiano, la oblación lo confirma, y siendo la bendición su sello, preséntanlo los ángeles al Padre celestial que lo ratifica. Dos fieles reciben el mismo yugo: son una sola carne, un solo espíritu; oran juntos, juntos ayunan, juntos asisten á la Iglesia y á la mesa de Dios, en tiempos de persecución y de paz (40).»

Las mujeres cristianas se convirtieron en misioneras en sus propios hogares, y en inteligencias celestes en el seno de las familias paganas. Acabamos de ver que estaban encargadas de cuidar á los enfermos y á los pobres; y cuando principalmente derramaban los tesoros de su celo, era en los tiempos de persecución. Penetraban en las cárceles, llevaban mensajes, distribuían dinero, curaban las llagas causadas por los tormentos, y morían también á su vez con un heroísmo superior al que atribuyen á las mujeres de Esparta y de Roma. Ea sus virtudes, y hasta en sus debilidades, había un encanto para suavizar á los perseguidores: la nodriza de Caracalla y la ama de Cómodo eran cristianas.

Mas adelante, en el siglo filosófico del Cristianismo las mujeres, madres, esposas é hijas de los emperadores estendieron el poder del Evangelio, mientras que otras mujeres, conducidas en esclavitud por los Bárbaros, convertían naciones enteras: así lo he dicho al hablar de los Iberos. Ya hemos visto igualmente que las Helenas y las Eudoxias destruyeron templos y levantaron iglesias.

Trascurrido algún tiempo, las vírgenes consagradas á Dios en los monasterios, se distinguieron en

todo género de sacrificios y de abnegación. San Gerónimo nos ha dado á conocer á Marcela, á Asela su hermana, y á su madre Albina: á Principia, hija de Marcela; á Paula, amiga de Marcela; á Paulina, á Eustaquia, á Lea y á Fabiola, que vendió su patrimonio para fundar el primer hospital que opuso Roma á los monumentos de sangre y prostitución. En esta casa de misericordia, las descendientes de los cónsules servían á los pobres y á los extranjeros, antes de morir pobres y extranjeras en la gruta de Belén. ¡Oh destino de las cosas! Las mujeres que prestaron las primeras adoraciones en el fondo de las catacumbas, fueron las últimas que llenaron aquellas iglesias, á donde llevaron á los padres, y donde no pudieron retener á los hijos. Lloraron al pie del Calvario, que vió espirar la sublime víctima: lloran todavía al pie del mismo Calvario; pero aquel á quien sepultaron en la tumba, se encumbró al cielo: nada queda ya en la cruz, nada en el santo sepulcro.

Todavía no se ha completado la emancipación de la mujer, particularmente en cuanto á la opresión de las leyes: se logrará en la renovación cristiana que principia ahora.

La era de los mártires ofrece un espectáculo extraordinario: en un mismo pueblo los hombres y las mujeres corrian á los juegos públicos con todo el esplendor del lujo y de la embriaguez de los placeres; y otros hombres y otras mujeres, consagrados á todos los deberes, componían una parte esencial de esos mismos juegos derramando su sangre.

El siglo heroico del paganismo tuvo sus Hércules guerreros; el siglo heroico del Cristianismo, produjo sus Hércules pacíficos, que domaron á otra especie de monstruos, los vicios, las pasiones, los errores; héroes cuya victoria consistía, no en matar, sino en morir.

De todos los fundadores célebres de religiones, Jesús, es el único que no fue poderoso por el nacimiento, las armas, la política, la poesía ni la filosofía: no empuñaba el cetro, la espada, la pluma ni la lira; vivió pobre, ignorado, calumniado, y fue el primer mártir de su culto. Sus apóstoles sufrieron después de él; el suplicio de éstos, formó la cadena que une la pasión á las pasiones particulares, renovadas por espacio de cuatro siglos. La hostia espiritual había venido á reemplazar la hostia material; pero la efusión de sangre cristiana (que era la sangre misma de Cristo) no debió detenerse, sino cuando desapareció el holocausto pagano. Esto explica, según los fundamentos de la fe, la duración de las persecuciones; hubo víctimas cristianas en el anfiteatro, mientras hubo víctimas paganas en los templos; la inmolación de las primeras, continuó en proporción á la de las segundas. Constantino y sus hijos abolieron el sacrificio, y cesó el martirio: restableció Juliano el sacrificio, y volvió á principiar el martirio.

Amostrados los cristianos, por la experiencia, habían perfeccionado el arte de prestarse auxilios: no hubo artificios que no inventara la caridad para penetrar en los calabozos, para seducir á los carceleros, es decir, para convertirlos al Cristianismo y conducirlos con sus prisioneros á la muerte. La historia del filósofo Peregrino, que se quemó á son de trompetas y en el día señalado, nos ha transmitido una prueba inesperada de la actividad evangélica.

Estando Peregrino viajando, hízose neófito; preso en Palestina, diéronse prisa los cristianos á rodearle. Desde por la mañana muchas mujeres, viudas y niños sitiaban la cárcel, y por la noche se introducía algún sacerdote á fuerza de dinero á donde estaba el filósofo. Corrian de todas las ciudades del Asia hermanos enviados por la comunidad á alentar al prisionero. «Es inaudita, dice Luciano, la diligencia de estos hombres; cuando algunos de ellos padecen infortunios, nada les intimida. Imaginanse los miserables que vi-

virán después de esta vida. Desprecian la muerte, y muchos se entregan voluntariamente á los suplicios (41).»

Contáronse diez batallas generales, que fueron las diez persecuciones terribles, sin contar una multitud de acciones particulares; distingúéronse las mujeres en estos combates. Sinforiano fue conducido al martirio en Autun de las Galias; su madre le gritaba de lo alto de las murallas de la ciudad: «Hijo mio, hijo mio Sinforiano, levanta tu corazón al cielo; no vas á perder la vida; vas á trocárla por una vida mejor (42).

Blandina, esclava, recibió la última corona entre los confesores de Lion: sufrió los azotes, las fieras, la silla de hierro candente: caminaba á la muerte como al tálamo nupcial, como al festín de las bodas (43).

Había en Egipto otra esclava de asombrosa hermosura llamada Potamiana: habiéndose enamorado de ella su dueño, quiso primero seducirla y después violentarla; pero rechazado por la virtuosa doncella, la entregó al prefecto Aquila como cristiana. El prefecto invitó á Potamiana á ceder á los deseos de su dueño; y habiéndose negado á ello, condenóla á ser sumergida en una caldera de pez hirviendo, y la amenazó con entregarla á los gladiadores para que la violasen. Potamiana dijo: «Os ruego por la vida del emperador que no me despojeis de mis vestidos, ni me esponga al público desnuda. Que me sumerjan poco á poco en la caldera con mi traje.» Este favor le fue concedido, y Marcela su madre, sufrió el suplicio del fuego (44).

La irrisión que iba unida á la crueldad disoluta, en nada disminuía la gravedad del infortunio. Las siete vírgenes de Aucira, entregadas á algunos mancebos desenfrenados antes de ser ahogadas, borraron con una sola palabra, lo singular que podía parecer el infortunio de su vejez. La mas anciana se quitó el velo, y enseñando su cana cabeza al joven, le dijo: «Quizás tendrás una madre llena de canas como yo: déjanos vuestras lágrimas y reserva para tí la esperanza (45).»

Felicidad, matrona romana de un rango ilustre fue sentenciada á muerte con sus siete hijos, á quienes alentó á confesar su fe con valor.

Sinforosa, de Tibur, tenía también siete hijos: Adriano la llamó, y habiéndola exhortado á sacrificar, le respondió: «Getulio mi marido, y su hermano Amancio, eran tribunos vuestros, y prefirieron la muerte á vuestros ídolos.» Arrebatada Sinforosa de los cabellos, fue precipitada en el abismo de aquellas cascadas que habían suministrado agua á los baños de las cortesanas, y refrescado el vino de Horacio. Los siete hijos siguieron á su madre (46).

Uno de los cuarenta mártires de Sevaste, había resistido al doble tormento del hielo y del fuego: los verdugos, olvidándole de intento y dejándole en la plaza, esperaban que abjurase su fe: su madre le puso con sus propias manos en la fúnebre carreta. «¡Ve, le dijo, hijo mio! termina tu dichoso viaje con tus compañeros, para que no te presentes el último á Dios (47).

El martirio de Perpetua y de Felicidad en Cartago es el mas célebre de cuantos describen las *Actas sinceras*. Era Perpetua noble, y de edad de veinte y dos años, tenía padre, madre, dos hermanos y esposo, y criaba á su hijo: Felicidad era esclava y estaba preñada.

El padre de Perpetua, pagano celoso, pretendía obligarla á sacrificar. «Después de haber estado algunos dias sin ver á mi padre (así se explica la misma Perpetua, que escribió el principio de su martirio) di gracias al Señor, y me consolé de su ausencia. En aquellos dias fue cuando nos bautizaron: al acabarse la ceremonia pedí tan solo al cielo, la paciencia suficiencia para sufrir las penas corporales. Pocos dias

después nos encarcelaron: horricéme, porque nunca había estado sepultada en tales tinieblas. ¡Oh día aciago! (48) hacia excesivo calor á causa de la multitud de gente; los soldados nos empujaban: finalmente, moríame de inquietud por mi hijo. Entonces, los bienaventurados diáconos Tercio y Pomponio, que nos asistian, lograron con el dinero que nos permitiesen salir, y pasar algunas horas en un sitio mas cómodo de la cárcel. Salimos en efecto; cada cual pensaba en sí propio: yo di de mamar á mi hijo (49); encargándolo al cuidado de mi madre; infundí ánimo á mi hermano, y consumíame el tormento de ver los dolores que les causaba. En esta angustia pasé varios días.

»Corrió la voz de que debíamos asistir á un interrogatorio. Trasládose mi padre desde la ciudad á la cárcel lleno de tristeza, y me decía: «¡Hija mia, compadécete de mis canas! ¡compadécete de mí (50)! Si yo soy digno de que me des el nombre de padre, si te he criado yo mismo hasta ahora, si te he preferido á tus hermanos, haz que no caiga sobre mí el oprobio de los hombres. Mira á tu madre, mira á tu hijo, que no podrá sobrevivirte: deja esa arrogancia por temor de perdernos á todos; porque ninguno de nosotros osará ya abrir los labios, si te sucede alguna desgracia.

»Así se explicaba mi padre enternecido, besándome las manos, arrojándose á mis piés, sollozando, llamándome, no su hija, sino su señora (51). Compadéciale al ver que él solo de toda mi familia no se regocijaria de nuestro martirio. Díjele para consolarle. Sucederá en el cadalso lo que á Dios plazca; porque habeis de saber que no dependemos de nosotros si no de su voluntad (52). Retiróse contristado.

»Al día siguiente, cuando estábamos comiendo, vinieron á buscarnos para el interrogatorio. Divulgóse al instante la noticia por los barrios inmediatos, y se agolpó un pueblo numeroso: subimos al tribunal....

»El procurador Hilarion me dijo: Ten en cuenta la vejez de tu padre; ten presente la infancia de tu hijo; sacrifica por la prosperidad de los emperadores.—No haré tal, respondi.—¿Eres cristiana? me preguntó; y contesté: Cristiana soy (53). Mi padre se esforzaba por sacarme del tribunal; Hilarion ordenó que lo arrojasen de allí, y recibió un golpe de vara: sentílo como si hubiese sido herida yo propia, tanto fue lo que sufrí al ver maltratado á mi padre en su vejez (54). Entonces Hilarion pronunció nuestra sentencia condenándonos á todos á ser expuestos á las fieras. Volvimos gozosos á la cárcel; y como mi hijo se hallaba acostumbrado á estar conmigo, y á alimentarse con la leche de mis pechos, envié al diácono Pamponio para que lo pidiera á mi padre. Pero este no quiso entregarlo (55); é hizo Dios que el niño no pidiese ya de mamar, y que la leche no me causara incomodidad alguna.

Termina la relacion de Perpetua, en la tercera de las visiones que tuvo en su calabozo.

«Felicidad estaba embarazada de ocho meses, y al ver tan cercano el día del espectáculo estaba muy afligida temiendo que difiriesen su martirio, porque estaba prohibido martirizar á las mujeres preñadas antes del término del alumbramiento. Sus compañeros en el sacrificio se mostraban notablemente afligidos por su parte al dejarla sola en el camino de su comun esperanza (56). Tres días antes del espectáculo se reunieron todos á orar y á llorar por ella. Apenas habian concluido la oracion, comenzáronle los dolores; y como el alumbramiento es naturalmente mas difícil en el octavo mes, su trabajo fue impropio, y se quejaba. Uno de los carceleros le dijo: Si te quejas ahora, ¿qué será cuando seas entregada á las fieras (57)? Dió á luz una hija, que crió como propia una mujer cristiana... Los hermanos y los demás lograron permiso para entrar

en la cárcel, y refrescar con los encarcelados: el conserje de la prision se había convertido ya á la fe. La víspera del combate presentáronles, segun costumbre, la última comida, á la que daban el nombre de *cena libre* (58), y que servian en público; pero los mártires la convirtieron en una ágape. Hablaron al pueblo con su acostumbrada firmeza... Mirádnos bien los rostros, decían, para que podais conocernos el día del juicio (59).

»Habiendo llegado el día del combate, los mártires se dirigieron desde la cárcel al anfiteatro, cual si caminaran al cielo, placenteros, mas bien conmovidos de alegría que de temor. Seguíalos Perpetua con rostro sereno y paso firme, cual una persona amada de Jesucristo, bajando los ojos para ocultar á los espectadores su viveza (60). Felicidad estaba enagenada al ver que recobrada de su alumbramiento podia combatir con las fieras. Habiendo llegado á la puerta, quisieron obligarles, conforme al uso, á ponerse los adornos de los que se presentaban en aquel espectáculo. Consistían, para los hombres, en un manto rojo, traje de los sacerdotes de Saturno (61); y para las mujeres, un cintillo alrededor de la cabeza, símbolo de las sacerdotisas de Ceres. Los mártires rehusaron estas libreas de la idolatría.

»Despojaron de sus vestidos á Perpetua y á Felicidad, y las colocaron en la red para esponerlas á una vaca furiosa. Horrorizóse el pueblo (62) al ver tan delicada á la una, y á la otra recien parida: retiráronlas, y las cubrieron con trajes flotantes. Acometió primero á Perpetua, que cayó de espaldas: incorporóse y al ver que su vestido se había desgarrado por un lado, recogiólo para cubrirse la pierna, atendiendo mas al pudor que al sufrimiento (63). Volvióse á atar los cabellos sueltos para no parecer de luto, y observando á Felicidad toda magullada, alargóle la mano para ayudarla á levantarse (64). Llegaron así á la puerta Sana-Vivaria, donde recibió á Perpetua un catecúmeno llamado Rústico. Despertó entonces como de un profundo sueño, y mirando en derredor suyo, exclamó: ¿Cuándo nos espondrán á esa vaca? Refiriéronle lo que había sucedido; y no quiso creerlo hasta que descubrió en su cuerpo y en su vestido las señales de lo que había sufrido (65). Mandó llamar á su hermano, y dirigiendo la palabra á este y á Rústico, les dijo. Permaneced firmes en la fe, amaos mutuamente, y no os intimiden nuestros sufrimientos.

»Pidió el pueblo que las condujeran de nuevo al medio del anfiteatro. Los mártires, después de haberse dado el ósculo de paz, se dirigieron allí por sí mismos (66). Felicidad cupo en suerte á un gladiador poco diestro, que la hirió en los huesos, obligándola á lanzar un grito; porque la ejecucion de los moribundos arrojados á las fieras servia de aprendizaje á los gladiadores nuevos. Perpetua aplicó por sí propia la vacilante mano del verdugo á su garganta (67).

En la misma Cartago, que reunia á estas tantas otras memorias, llevóse Cipriano la palma debida á su elocuencia y á su fe; cortaron la cabeza á este primer Fenelon, que se vendó él mismo los ojos: atáronle las manos, Julian sacerdote y Julian diácono, sus neófitos tendieron pañuelos para recibir su sangre.

Mucho tiempo antes Policarpo, que gobernaba la Iglesia de Esmirna hacia ya setenta años y había sido nombrado por el apóstol Juan, verificó su entrada por orden del cónsul, caballero sobre un asno en su ciudad episcopal, como Cristo en Jerusalem. El pueblo gritaba: «Ese es el doctor de Asia; el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses: arrojad un leon contra Policarpo.» Esto no fue posible, porque se habían concluido los combates de las fieras. Entonces volvió á clamar el pueblo á una voz, «Que Policarpo sea quemado vivo.»

Preparada la hoguera, quitóse Policarpo el ceñidor y se despojó de sus vestidos. Querian clavarle en la

hoguera como á su Señor en la cruz, y manifestó que esta precaucion era inútil, porque permanecería firme. Atáronle, pues, sencillamente, y parecia un cordero escogido en el ganado, como un holocausto agradable y acepto á Dios (68). El anciano miró al cielo y exclamó: «¡Gracias te doy, Dios de todas las criaturas! Cábeme parte del cáliz de la pasion de tu Cristo, para resucitar á la vida eterna. Bendígote, glorificote por el pontífice Jesucristo, tu muy amado hijo, á quien gloria sea tributada, á ti y al Espíritu Santo en los siglos futuros. Amen (69).»

Cuando acabó de hablar prendieron fuego á la hoguera: desplegaronse las llamas alrededor de la cabeza del mártir, cual la vela de un bajel hinchada por el viento (70). Refieren sus actas que se parecia al oro ó á la plata probada en un crisol (71), y que exhalaba un olor de incienso ó de un perfume vital (72). El verdugo encargado de rematar las fieras moribundas, hirió á Policarpo, y salió tanta sangre de las venas del anciano, que apagó el fuego (73).

Pothin, obispo de Lion, anciano de mas de noventa años, débil y enfermizo, fue derribado, hollado, arastrado por la arena, y arrojado de nuevo á la cárcel, donde entregó el alma. Sus compañeros en los tormentos parecian en medio del suplicio curarse una llaga con otra llaga nueva: los ejecutores atormentádnolos, no tanto aparecian verdugos que abren heridas, como cirujanos que las cierran; tanta era la alegría de los confesores. Muchos de ellos escribieron en griego la relacion de su martirio, desde el fondo de los calabozos donde los sepultaron de nuevo antes de darles la muerte. La carta tenia este sobrescrito: *Los siervos de Jesucristo, que viven en Viena y en Lyon de Galia, á los hermanos del Asia y de Frigia, que profesan la misma fe y tienen la misma esperanza en la redencion: Paz, gracia y gloria de parte de Dios Padre, y de Jesucristo nuestro Señor (74).*

No os hablaré del martirio de las seducciones, empleado después de la inutilidad de las amenazas y de los dolores: dignidades, honores, fortuna, y hasta voluptuosidad que hermosas cortesanas procuraban encender, fueron tan inútiles como los leones y el fuego.

La sangre es poderosa: estas generaciones del siglo heroico cristiano, que subyugaron las clases industriales, produjeron las generaciones del siglo filosófico del Cristianismo, que conquistaron á su vez á los hombres de talento. Este siglo filosófico no está separado bruscamente del siglo heroico; tiene su origen en este. Sus primeros ingenios enseñan y mueren en el cadalso; pero su doctrina reinó y triunfó en sus sucesores, después que pasó la era de los confesores. El Cristianismo filosófico no destruyó tampoco el Cristianismo heroico, pero se verificaron los sacrificios de otra manera en los combates contra los heresiarcas, ó bajo el hierro de los Bárbaros.

SEGUNDA PARTE.

CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS.—SIGLO FILOSÓFICO.—HEREJIAS.

En esta segunda edad del Cristianismo, la grandeza de las costumbres públicas y la sublimidad intelectual sustituyen á la virtud de las costumbres privadas, y á la belleza moral evangélica. Ya no es la Iglesia militante, esclava, democrática en los calabozos y en la sangre; sino la Iglesia triunfante, libre, real, en la tribuna y en la púrpura. Suceden los doctores á los mártires: estos no habian tenido sino su fe, aquellos tienen su fe y su talento. La parte selecta del mundo pagano, que no había cedido ni á la sencillez apostólica ni á la autoridad de las hogueras, escucha, se llena de admiracion, y pronto cede, hallando en la boca de

los padres los sistemas de los sabios, explicados con mas claridad y elocuencia.

Las altas escuelas cristianas se parecian á las escuelas filosóficas, y las cátedras contaban una serie no interrumpida de profesores como en Atenas. A Ticiano siguió Rodon, y Máximo, sucesor de Rodon, examinó la cuestion del origen del mal, y de la eternidad de la materia (1). Clemente de Alejandria, que reemplazó á Panteno, habiéndose alimentado con las obras de Platon: cita en sus *Stromatas*, los maestros con quienes había estudiado, y que residian uno en Grecia, otro en Italia y dos en Oriente. «Mi maestro de Palestina, dice, era una abeja que libando el zumo de las flores de la palabra apostólica y profética, dejaba en el espíritu de sus oyentes un tesoro suave é inmortal.»

En su tratado del verdadero *Gnóstico*, (el que conoce) pinta Clemente el retrato del sabio mismo de los filósofos. «El gnóstico no vive ya sujeto á las pasiones, nada le enlaza en esta vida, porque ha recibido la luz inaccesible: no hace salir su cuerpo voluntariamente de la vida, porque Dios se lo prohíbe; pero aparta su alma de las pasiones (2). El gnóstico se aprovecha de todos los conocimientos humanos (3). Temer la filosofía de los paganos es una debilidad; muy frágil seria la fe que aquella conmoviera (4). El gnóstico hace uso de la música para ordenar las costumbres, vive libre, ó si es casado y tiene hijos, mira á su esposa como á su hermana, puesto que esta esposa no será ya para él sino una hermana cuando estén en el cielo. Los sacrificios agradables á Dios, son las virtudes y la humildad, con la sabiduría.»

La fama de Orígenes se había difundido por todo el mundo romano, y los Politeístas mismos admiraban al doctor cristiano. Habiendo entrado un día en la escuela de Plotino, en el momento en que este explicaba sus lecciones, Plotino se ruborizó, interrumpió su discurso, y no le continuó sino á ruegos de su ilustre oyente, de quien hizo un pomposo elogio al volver á tomar la palabra (5).

Plotino, fundador del neoplatonismo, no era empero su inventor: éralo Ammonio-Saccas, que había enseñado misteriosamente su doctrina á Plotino y á Orígenes; este último faltó al secreto.

Estos padres de la Iglesia, salidos la mayor parte de las escuelas filosóficas, y oriundos de familias paganas, fueron no solo profesores elocuentes sino tambien hombres políticos; entonces brillaron aquellos obispos que arrostraban frente á frente el poder de los emperadores y la brutalidad de los reyes bárbaros. Atanasio peleó contra los Arrianos: citado al concilio de Tiro y depuesto en el de Jerusalem, fue desterrado á Tréveris por Constantino. Regresa: los pueblos corren á verle pasar, y entra en triunfo en su ciudad episcopal. Noventa obispos arrianos, á cuya cabeza se hallaba Eusebio de Nicomedia, le condenaron de nuevo en Antioquia: cien obispos ortodoxos le declararon inocente en Alejandria, y el papa Julio confirmó esta sentencia en Roma. El prelado volvió á sentarse en su silla, y le arrojaron de ella por orden de Constantino, que mandó ejecutar los decretos arrianos de los concilios de Arlés y de Milan. Atanasio celebraba una fiesta solemne en la iglesia de San Theon en Alejandria; cuando cantaba el salmo del triunfo de Israel sobre Faraon, y el pueblo respondia al fin de cada versículo: «la misericordia del Señor es eterna,» los soldados derribaron las puertas: el pueblo huyó, y Atanasio permaneció en el altar rodeado de sacerdotes y de frailes, que le libertaron de la pesquisa de los soldados. Refugióse á los sitios mas apartados de Egipto, y los religiosos que le albergaron se vieron inquietados: este genio entusiasta se abismó aun mas en la soledad, como un acero ardiente en la vaina. Un criado que le quedaba iba todos los dias con peligro de la vida á buscar el alimento de su amo. ¿Qué